



Penumbra en el noveno cuarto

Amado del Pino

Estrenada por un colectivo de actores, dirigido por Osvaldo Doimeadiós, en la sala Adolfo Llauradó, el 3 de septiembre de 2004.

Elenco: Omar Franco, Néstor Jiménez, Gilda Bello, Renecito de la Cruz y Carlos Gonzalvo.

Este montaje recibió el Premio Villanueva de la Crítica Teatral a los mejores espectáculos del año.

PERSONAJES

LÁZARO, unos 37 años. En su gestualidad hay mucho de la elegante arrogancia del picher¹ estelar que ahora corre el peligro de desmoronarse.

TATI², a pesar del desenfado de sus palabras, la actriz debe recordar que brotan en combate con la timidez y la propensión al silencio.

PEPE, en sus contrastes, su contenida violencia marginal y, sobre todo en su carisma, hay algo de teatralidad.

RENATO, al principio forma parte de la penumbra rutinaria de la posada. Después toma cuerpo, pero está claro que se despedirá con ella.

La posada, su canto de cisne se produce tras largos años de deterioro. Siempre fue cómplice del amor por horas y más o menos furtivo. Pero el abandono la fue tornando menos misteriosa; más húmeda y oscura.

El autor no aspira a que la alquimia de la puesta en escena respete con esmero indicaciones que nacieron de la furia o el humor de los personajes. En el diseño de luces debe buscarse un contraste entre lo irreal y lo cotidiano. También el movimiento escénico puede hacer convivir cierto naturalismo en la zona de la posada con un sentido voluntariamente grandilocuente o convencional en la piscina de PEPE. La relación entre los personajes precisa de un tratamiento que subraye el juego y no tome totalmente en serio los vericuetos del argumento.

Cuarto I

Dos hombres enfrentan el tedio en la penumbra de la posada. RENATO saca cuentas, mide botellas, intenta llenar la madrugada. PEPE está quieto, enfrascado en un juego mental que ahora se acerca a su punto culminante; habla solo de forma indescifrable, casi choca con LÁZARO.

LÁZARO.- Me hace falta...

PEPE.- **(En su juego.)** ¡Quieto!

RENATO.- Estamos cerrados.

LÁZARO.- Ya sé. Aquí traigo...

RENATO.- Diez por arriba. Una pesca o no mojas.

(TATI pregunta algo al oído de LÁZARO. RENATO la observa.)

LÁZARO.- ¿Y las sábanas?

RENATO.- Tengo ron sin bautizar.

PEPE.- **(Regresando a medias de su juego.)** Totalmente ateo.

(LÁZARO le da el dinero a RENATO. Inmediatamente este le entrega las sábanas. PEPE queda frente a TATI, pero no la mira.)

RENATO.- El cinco, el segundo a la izquierda.

(LÁZARO conduce a TATI. Silencio con gotera.)

PEPE.- De dónde, de dónde...

RENATO.- Tuvo suerte el tipo. Lo que le di, como cadáver, no estaba malo.

PEPE.- No sé de dónde, pero lo conozco.

RENATO.- ¿Les pusiste agua? En el cubo verde hay un poco.

PEPE.- Verdecita, como la cara de los patriotas americanos; verde como la hierba de los jardines por donde la bola se va, se va de jonrón. Las luces a veces son muy blancas; otras, parecen amarillas.

RENATO.- ¡Aterriza! Limpia el siete. Es fácil, los viejos casi no riegan.

PEPE.- Esa cara, esa cara...

RENATO.- (**Alejándose.**) Cara tienes tú que siempre te recuestas.

PEPE.- No te das cuenta, Renato, que todas las noches es lo mismo.

RENATO.- En todas partes. Los médicos también se cansan de dar recetas o de que los marees con la diarrea de los vejigos o con el corazón de la abuelita.

PEPE.- Esa cara, esa cara...

RENATO.- Si quieres nos ponemos los espejuelos de palo. A lo mejor, sin ropa, te acuerdas del tipo y de paso...

PEPE.- Ella tiene las piernas separaditas...

RENATO.- Le cabe un tren entre las patas.

PEPE.- ¿Entonces?

RENATO.- ¿Te embullas?

PEPE.- Esa cara, esa cara, esa cara...

(La penumbra se instaura en el área de TATI y LÁZARO. PEPE y RENATO quedan en la sombra. En la pareja palpita una mezcla de susto y de ternura.)

TATI.- No me gusta verte triste.

LÁZARO.- Yo me levanto.

TATI.- (**Coqueta.**) ¿Seguro?

(LÁZARO la abraza casi con furia. La luz viaja lentamente hacia RENATO y PEPE.)

RENATO.- Ni una cara más, mi socio.

PEPE.- ¡Ya sé! Claro, ¡él mismito es! (**Como una máquina de recuerdos.**) Mejor récord de ganados, velocidad, curva, estilo...

RENATO.- Me estás hablando en chino.

PEPE.- Pero a Lázaro Prado sí tienes que conocerlo, Renato. ¡Hay que ser de otro planeta para no saber quién es ese hombre!

RENATO.- ¿Quién... el mulato que se cree bonitillo? No, pero ese no es.

PEPE.- Es él, y por si acaso, vamos a comprobarlo.

(Ahora la penumbra se generaliza. Se insinúan los cuerpos desnudos de LÁZARO y TATI, que hacen el amor con apetito.)

(En un susurro.) Te lo dije, él mismo es.

RENATO.- ¿Tú conoces a los pichers por las nalgas?

PEPE.- Cállate, compadre. Si se agita va a perder el control en la curva.

RENATO.- Dame un chance, quiero ver lo que hay entre esas piernas separadas.

(Ahora RENATO se pone en la posición del voyeur. Se establece un contraste entre el naturalismo de RENATO y las asociaciones casi poéticas de PEPE.)

Así, duro, por las caderas, que le guste.

PEPE.- Esas manos... Cómo tiraba el tenedor.

RENATO.- No sé si es con el tenedor o con la cuchara, pero tiene loca a la zambita.

PEPE.- Grande...

RENATO.- **(Vulgar.)** ¿Muy grande?

PEPE.- Elegante, imponente. Es una lástima que ahora...

RENATO.- Ya. Igual que todas. Al final se quedan boca abajo y resoplando como una vaca en tiempo de seca.

PEPE.- Se ve mejor con el uniforme de los Industriales.

RENATO.- No creo que a ella le parezca lo mismo.

PEPE.- No entiendes nada, Renato. Eres un guajiro sin corazón que nunca ha entrado a un estadio encendió a las nueve de la noche. Ni te imaginas la gozadera de sentarse al fresco un domingo por la tarde. Final del noveno, tres y dos...

RENATO.- Y te ponchas y de las gradas te gritan...

LOS DOS A LA VEZ.- ¡Maricón!

(RENATO ríe. PEPE sigue en lo suyo.)

PEPE.- Lo voy a lograr, ya lo verás.

(Sube levemente la luz en el área de LÁZARO y TATI.)

TATI.- Muy rico.

(LÁZARO va a contestar, pero sonríe con una satisfacción plenamente masculina.)

¿Por qué tanto gorrión hace un rato?

LÁZARO.- Me están dando, pero me siento entero.

TATI.- ¿No será preferible...?

LÁZARO.- Tú también con eso. Cuando mejor estaba formaron la payasada de retirarme y, por buscarme cuatro pesos, fui a dar a Japón.

TATI.- A mi cama. Prestados los dos.

LÁZARO.- Pero sabroso, ¿no?

TATI.- Allí no teníamos a nadie. Ahora me siento rara.

LÁZARO.- Esto está todo lo feo que le da la gana.

TATI.- Mirándolo bien, es original.

LÁZARO.- Un socio mío dice que aquí se viene a lo que se viene y a nada más. No hay ni televisión, ni una revista...

TATI.- **(Pícaro.)** Aquí uno viene a venirse.

LÁZARO.- **(Como un piropo.)** Cochina... Estás mejor que nunca.

TATI.- **(En el juego.)** Gracias, papi.

(Silencio. Ninguno de los dos se atreve a asomarse a la nostalgia.)

Allá, en el fin del mundo, fuimos marido y mujer divinamente. Nos bañamos juntos, comimos en el mismo plato.

LÁZARO.- ¿Y lo tuyo de aquí?

TATI.- ¿De verdad, te importa? ¿Crees que sea tema para ahora mismo?

(Apagón pleno. Se oyen voces, quejidos, alguien canta. La luz regresa, ahora centrada en PEPE.)

PEPE.- **(Monologa.)** Tengo que entrarle con algo distinto. Botarle un número raro, una honda extrañísima...

RENATO.- Te toca.

PEPE.- Le voy a tirar por debajo del brazo.

RENATO.- El dos o el uno más uno, a gusto del consumidor.

PEPE.- Un lanzamiento submarino, como los de aquel Furuya.

RENATO.- Todo lo que tú quieras, pero ahora tienes que limpiar la mariposa.

PEPE.- Ayúdame a pensar, so Renato. Me estoy jugando la vida.

RENATO.- Si no le limpias, aunque sea la cara al dos, no nos va a entrar ni un peso.

PEPE.- **(En otra de sus obsesiones.)** Uno caballo, dos mariposa, tres marinero, cuatro gato, cinco monja...

RENATO.- **(Alejándose.)** Allá tú con tu condena.

PEPE.- Eso es, Renatillo. Condena, cárcel, cana, tanque, talego, a la sombra, guardao. Le voy a entrar hablándole de aquel amigote de su sobrino que estuvo conmigo en la Canada Dray. ¿Cómo se llamaba?

(La penumbra vuelve al cuarto de LÁZARO y TATI. Debe insinuarse que ahora el sexo estuvo empapado de ternura.)

LÁZARO.- Yo voy a mí, pollito. Todo va a ser como antes.

TATI.- ¿Y no estás cansado?

LÁZARO.- No. Bueno, a veces sí. Hay días que me entran ganas de mandar al diablo los viajes, los hoteles, la seguidilla del entrenamiento...

TATI.- Pero quieres que te sigan conociendo, tomarte una cerveza en la esquina y seguir en el centro.

LÁZARO.- ¿Me estás diciendo «postalita»?

TATI.- Es normal, machote. Hoy me sentí rara en el estadio. No tengo edad para esas gestiones.

LÁZARO.- Las peloteras y las musiqueras no siempre son jovencitas.

TATI.- Yo era más bien carne de salvavidas. Nadábamos hasta una piedra, bien lejos, y me ponía a gritar: «Me ahogo, me ahogo», y si venía uno medio feo... **(Sigue el juego.)** «Tú no, mi vida, el otro, el de los ojos verdes».

LÁZARO.- Si te agarro a tiempo no hay músico que toque el violín ni nadador que mueva los brazos. **(Serio ahora.)** No escogiste un día bueno, mi reina. Me sentí tan fuerte como en la Olimpiada, pero las cosas no salieron bien. Es la tercera vez. Me estoy desesperando.

TATI.- Y los del equipo contrario, ¿no será que cuando se paran a batear y miran para adelante ya no ven a aquel Lázaro Prado invencible?

LÁZARO.- **(Herido.)** ¡Qué sabes tú!

TATI.- No, claro, yo no soy picher, ni cargabates, ni siquiera soy...

LÁZARO.- Mi mujer sí fuiste. Y no te me has ido de la cabeza ni de ninguna parte.

TATI.- ¿Será verdad, o son esas cosas que se dicen en las posadas después del segundo palo?

LÁZARO.- Yo no soy de palabras bonitas. Ya sabes, me he pasado la vida entre machos, oliendo a huevos sudados. Pero, Tati, aquello, lo de nosotros, fue una maravilla...

TATI.- Así es mejor, así se habla antes del tercero.

(Se abrazan. Ahora la luz viaja hacia PEPE que ensaya -con una botella llena de ron- el acercamiento.)

PEPE.- **(A su sombra, animada como el otro personaje.)** Mire, esto es para usted...

PEPE.- **(Como LÁZARO.)** Yo no tomo, gracias.

PEPE.- Ya sé, hay que estar en forma y la botella se lleva el brazo, el codo y hasta la vida. Pero es un buchito del tamaño de un dedal, un poco para brindar. Mire, no es porque lo tenga delante, pero usted es lo mejor que se ha parado a tirar pelotas en este país. Ya quisiera por un día de fiesta el Marqués ese que anda por allá fuera...

RENATO.- **(Regresando con toda su carga terrenal.)** ¿Qué, enamorando a la jeva?

PEPE.- Lo del ron no sirve.

RENATO.- Dale un pescao.

PEPE.- Él nació cerca del mar.

RENATO.- Yo te digo un peje de diez cañas, diez pesos. Con el dinero brinca el mono y la gata se para en atención.

PEPE.- Están al salir y no se me ocurre nada. Lo del socio que conocí en el tanque está flojo. Es más bien un batazo muy largo que se joroba y viene a dar contra las mallas.

RENATO.- **(A medias en el juego.)** Si sacas esa carta van a decir que te trancaron por sonso. **(Como un juez.)** Se condena a Pepe, *El Brujo*, a cinco años por comer demasiada cáscara, por acaparar guanajerías.

PEPE.- Ay, mi madre, por ahí vienen...

(LÁZARO y TATI se acercan. Podrá darse el pequeño trayecto en un ritmo más lento.)

RENATO.- A él se le ve un poco flaco, sufridito...

PEPE.- **(Tímido.)** Disculpe... **(Con TATI, sin mirarla apenas, pero amable.)** Con su permiso, señora.

LÁZARO.- **(Neutro.)** ¿Se debe algo más?

PEPE.- No, al contrario.

LÁZARO.- ¿Cómo?

PEPE.- Yo soy quien le debo.

TATI.- **(Cómplice.)** Parece que al señor le gusta la pelota, mi vida.

PEPE.- Le debo el caminao bonito de cuando tenía 20 años. Le debo los juegos que le vi lanzar y los que yo me inventé...

LÁZARO.- **(Cortándolo, pero agradecido.)** Gracias. **(Le tiende la mano.)**

PEPE.- No he conocido otro picher así.

LÁZARO.- Ayer fue un día malo, pero pa'lante.

PEPE.- ¡No se puede ir!

RENATO.- El socio va a pensar que es un secuestro.

TATI.- Un momento, amor...

PEPE.- **(A TATI.)** Óigame... Si yo no le hago un regalito a este hombre, me muerdo.

LÁZARO.- Es media noche. ¿No les parece un poco tarde para hablar de pelota?

(PEPE va y busca la botella con una valoración similar a la del ensayo. RENATO se fija descaradamente en TATI. PEPE se percata y se para entre él y la muchacha para evitarlo. TATI lo percibe, le agrada.)

PEPE.- Mire, estelar...

LÁZARO.- Le estoy quitando el cuerpo a los tragos. Los últimos juegos...

PEPE.- Eso es mala suerte. Aquella noche del 85 dejaste a los Orientales con las ganas. Yo estaba solo, pero festejé como si estuviera en el medio del molote de unos carnavales.

TATI.- Éste es un admirador de los de verdad.

LÁZARO.- **(Coge la botella.)** Brindaré cuando gane el próximo juego, gracias.

PEPE.- **(A RENATO y a TATI, pero parece ir mucho más allá.)** No es tirar duro y que el que esté ahí parado no la vea pasar. Es el estilo, la gracia de un picher grande. Ésa viene a la tierra cada cien años. **(Hace la mímica del picher despacio.)**

(RENATO sintoniza alguna emisora estridente y hasta ridícula. LÁZARO se va a despedir con una palmada. TATI le acaricia su otro brazo y mira a PEPE con simpatía. En el momento del apagón se oye el alarido de un orgasmo.)

Cuarto II

Luz que contradice francamente la idea de la penumbra. En un

video gigante o con un recurso más artesanal se darán imágenes beisboleras poco realistas. No es el juego, sino su mitificación. La penumbra regresa a un sitio que puede recordar la posada, pero ahora es una rampa discreta y en lo alto hay un televisor. El cuarto de PEPE se edificó en lo que fuera la piscina de un hotel. El juego de béisbol de la emisión está superpuesto con la telenovela de los vecinos. PEPE va a competir, por centésima vez, pero una presencia, más que una voz, lo hace volverse.

PEPE.- Sube...

TATI.- **(Desde la casi oscuridad.)** ¿Sin saber quién es?

PEPE.- Quien me parece no debe ser, pero que suba de todas formas.

TATI.- Ya veo que te ahorras la escalera.

PEPE.- ¿Qué tú haces aquí, muchacha? Esto no está como para recibir damas. Así que la estrella del estelar. **(La obsesión puede más que la lógica del discurso.)** Hoy le pusieron la bola en la mano. Esta noche sí va a liquidar a todo el mundo. Será como antes, como siempre...

TATI.- Tu casa se parece al plano inclinado que estudiamos en la Secundaria.

PEPE.- Estás en la piscina. Cuando se vació el hotel y esto empezó a llenarse de gente del oriente del Oriente, yo trabé mi pedazo y a gozar. Cuando las mujeres no me resisten, no tienen que despedirse; se zambullen y salen del otro lado.

TATI.- Esto es lo más gracioso que he visto en mi vida.

PEPE.- No hay gracia ni misterio: el elevador es un vertedero y el sótano un centro de cría y entrenamiento de mosquitos. Yo vivo aquí. Como el chiste del Chino: «Y más na».

TATI.- ¿Y la posada?

PEPE.- Bien, gracias. ¿Quieres ron, cerveza, café, explicarme a qué viniste, sentarte o todas las cosas a la vez?

TATI.- Ninguna.

PEPE.- Bueno...

TATI.- Quiero presentarme.

PEPE.- Si tú supieras...

TATI.- ¿Qué tengo que saber antes de sentarme, tomar café o decirte qué pinto aquí?

PEPE.- Es que allá, donde nos conocimos, las mujeres no tienen nombre y la mitad de las veces ni cara.

TATI.- Era de esperar. **(Siguiendo lo que supone su lógica.)** Pero yo soy la jevita del estelar.

PEPE.- Y viniste a echarme conmigo el partidazo, a gozar la papeleta con sus lanzamientos endemoniados.

TATI.- Y a algo más.

PEPE.- Bueno, siéntate. Ten cuidado con esa silla, ella tiene su carácter y procura no rodarte para la parte honda...

TATI.- Tati, me dicen Tati, y si me caigo, salgo a flote. Sé nadar,

pero vivo de bailar. Conozco las partes bajitas y las hondas, así que es difícil que me hunda.

PEPE.- Pepe, me llamo Pepe, aunque algunos me dicen Revoltillo, y otros El Loco y casi nadie José Miguel.

TATI.- ¿Cómo te gusta que te diga yo?

PEPE.- Inventa uno nuevo, a lo mejor tabla, tremenda tabla, como la que no le van a dar al estelar.

TATI.- Yo sé que no estás loco ni un carajo, Pepe.

PEPE.- Malas palabras y todo.

TATI.- ¿Te parece que las mujeres nada más que podemos decir cochinas en la cama?

PEPE.- Ya no me asusta nadita, estelarita.

(Silencio. El sonido de la telenovela se ha impuesto sobre el juego.)

Hoy el hombre la va a poner donde es.

TATI.- ¿Y si le caen a palos?

PEPE.- Eso le pasa a cualquiera.

TATI.- ¿A ti te gustaría hacerte amigo de él?

PEPE.- De tu... ¿marido...?

TATI.- Seguro que ustedes saben mejor que uno mismo la relación que hay entre dos personas que se van a la cama por un par de horas.

PEPE.- Tumba esa transmisión, campeona. Al principio, se sabe y se adivina. Después, las noches se emparejan en una melcocha de colchones sudados y ardor en los ojos.

TATI.- ¿Y es verdad que se esconden y miran cuándo una mujer les gusta?

PEPE.- Ven acá, medallista, ¿esto es una entrevista, un asalto o tú te dedicas a las piedras feasas?

TATI.- Ahora sí me dejaste en el aire, ¿qué piedras?

PEPE.- La novia que nunca tuve. Y pasa la página, que el hombre va a empezar a tirar, supersónica.

(Los dos se quedan un momento quietos frente al televisor. Como por arte de magia se callan el locutor deportivo y la telenovela. Después

PEPE y TATI comienzan a narrar cada uno su propio juego.)

El tipo viene echando humo, se ve en la forma de calentar el brazo. **(Como contestándole a un fanático compañero de asiento en el estadio.)** ¿Qué jueguitos son éstos, compadre? ¿Tú miraste el número de ese hombre, tú sabes quién es Lázaro Prado? No, no, no me hables de ése, le dio un batazo al mío de chiripa. Hoy le van a partir la cintura esa de recoger tomates.

TATI.- Hay un palco para las mujeres y otro para las queridas. Se les conoce por la cara, aunque algunas están cerca de cambiarse de puesto. ¿En cuál me siento yo?

PEPE.- No quiero señas para el público, ni guante en el aire para ninguna brujita. Deberían poner multas como en la Yunay.

TATI.- Creyón de labios, pintura de uñas. En el baño se emparejan las cosas. Aunque las señoras quieren hacerse dueñas del único espejito, o cierran la puerta medio rota para orinar muy finas. Las queridas mean con descaro, poniendo la piernota y medio muslo fuera, para que la otra se haga una idea de por qué Fulanito está comiendo de su mano.

PEPE.- Las mujeres y el codo empinao son el cementerio de los peloteros.

TATI.- La Negrona se está pintando la boca de un rojo encendió. El vestido amarillo parece que lo va a reventar con las nalgas. La Jabá la mira despacito. Es más bien chiquita, pero con los brazos llenos de manillas de oro. Y debajo, músculos finos, como si los escondiera para su momento. Las uñas largas, largas, afiladas... **(Como La Negrona.)** ¿A ti qué pinga te pasa?

PEPE.- Eso es, tres y pa'la tonga. Que venga el otro guajiro ladrón de gallinas que te lo vas a comer crudo.

TATI.- **(Como La Jabá.)** Ésa te la quitas de la boca y me la devuelves. **(Como La Negrona.)** Yo me la estoy gozando hace mucho rato, y eso lo sabe La Habana entera.

PEPE.- Duro, por ahí, que no la ve, y en ese pueblo no conocen todavía los espejuelos.

TATI.- La galleta, el arañazo. Me dan miedo esas uñas...

(Puede oírse la voz en off que anuncia a los jugadores el turno al bate, como indicando que TATI «salió del baño». Silencio. Después vuelve la telenovela. Va subiendo hasta hacerse desesperante. PEPE la apaga como si fuera su equipo y no el del vecino.)

Me voy...

PEPE.- Bueno...

TATI.- ¿No me preguntas para dónde?

PEPE.- Ni pregunto ni apunto. Mira, llévate esta jugada de recuerdo. Nunca le hagas a nadie así. **(Le apunta con el dedo índice.)** Fíjate bien, curvadora. Un dedo apunta para ti, pero los otros cuatro van para mí, me están acusando, metiéndome en candela.

TATI.- ¿Vamos para el estadio, Pepe?

PEPE.- Tú estás loca, figura. Entro a trabajar a las doce.

TATI.- Entonces me voy.

PEPE.- Espera un segundo. Mira que le quieren complicar el inin al hombre y ni tú ni yo lo vamos a permitir.

TATI.- Por eso mismo, voy para allá. **(Pausa.)** Ya sé; ya sé, sin besitos tirados, ni jueguitos de éstos.

(PEPE ríe de buena gana. La escena es invadida por una luz que recuerda las torres del alumbrado del terreno de pelota.)

Cuarto III

El ambiente del hotel se diferencia de la atmósfera de la posada, sobre todo por la luz que será básicamente fuerte. Están solos LÁZARO y TATI, pero no hay intimidad.

TATI.- Es una locura.

LÁZARO.- (**Animado.**) ¿Tú no dices que te gustan las aventuras?

TATI.- Pero esto de meterse en la guagua de contrabando, subir a la habitación por la escalera del fondo y tener a ese muchacho afuera esperando, se parece más bien a mendigar.

LÁZARO.- No te machuques ahora, mi reina. Hoy nadie se va poner pesao. Estuve en forma, gané. Todo empezó a ser como antes.

TATI.- Yo también estoy contenta.

LÁZARO.- Pues lo disimulas bastante bien.

TATI.- Quiero que tú vuelvas a ser el estelar Lázaro Prado.

LÁZARO.- ¿Y quién te dijo que dejé de ser bueno? ¡Coño, Tati, parece mentira!

TATI.- Disculpa. Yo no sé casi nada de pelota, que no se te olvide. Lo que pasa es que hoy necesitaría hablar de otros temas; preguntarme o preguntarte, ya ni sé. Averiguar si lo dejamos en el buen rato de la posada, o intentamos algo más.

LÁZARO.- Por lo menos ahora la tuerca de las casualidades dio la vuelta al revés. Tú dices que estás sola...

TATI.- Sé que te puede extrañar, que tienes en tu cabeza a la muchacha del cabaré que no la dejaban bajar al público cuando se acababa la función y el camerino lleno de papelitos, llamadas y recados. Pero sí, ahora estoy sola, solita, jodía, muñecón. Y no lo digo, lo siento desde el alma hasta los ovarios. Me demoré, le di mil vueltas para no dejar a mi marido. Pensé que él era la tranquilidad, los hijos, el piso firme, y al final se fue.

LÁZARO.- Eso le pasa a cualquiera. Tú ya le llevabas ventaja, te desquitaste por adelantado.

TATI.- Sí, le pegué los tarros contigo. Y no me preguntes con cuántos más porque no te lo voy a responder. (**Haciendo catarsis.**) Ahora la pelea por los machos no es casi nunca por lo que les cuelga entre las piernas, sino por lo que les abulta en el bolsillo. Mientras mi marido fue profesor de Secundaria, nadie lo miraba. Yo fui la que tuvo que aceptar esa temporada en el fin del mundo para buscar unos pesos y levantar una pared. Cuando nos conocimos ya estaba cansada de mover la cintura, de las malas noches. Ese viaje era el precio que tenía que pagar por mi estabilidad. Un día él se cansó de la gritería de los chiquillos, de que a los padres todo les diera lo mismo, y se consiguió una plaza de jefe de almacén. Ahí resolvía, inventaba, se la buscaba.

LÁZARO.- Robando, nena, robando. Si tienes la lengua tan suelta llama las cosas por su nombre.

TATI.- Sí, robó, como tanta gente.

LÁZARO.- Yo no. Al contrario, yo pudiera ser millonario. ¿Estás oyendo, ricura? No es un decir: «Fulano es rico» porque tiene una moto o un equipito pendejo de música. Yo, Lázaro Prado, podría tener unos cuantos millones de dólares. Toda Cuba sabe que el Marqués es bueno, pero no me llega ni a los hombros, que mi historial es mejor.

TATI.- ¿Vamos a hablar de estadísticas o de nuestras vidas?

LÁZARO.- De lo que tú quieras, Tati, pero sin meterme el pie. Creía que me habías buscado para celebrar juntos. Llevamos cinco años sin vernos y en ese tiempo pasan demasiadas cosas. Tú me gustas con delirio y me siento bien contigo, pero yo tengo muchos líos en mi vida. Cógelo suave, para que se nos dé.

TATI.- Bien, Lázaro. Esa es una respuesta. Perdóname por haberte agitado la diversión. Me voy. No te preocupes, yo le aviso al novato bonito que ya puede subir con su novia.

LÁZARO.- ¿Qué pasa, Tati? Contigo siempre se ha podido hablar. Nosotros espantamos muchos gorriones juntos. Todo el mundo hablando ese idioma del diablo y tú y yo solos, con los rollos de allá y el peso de las jodederas familiares de aquí...

TATI.- Lo recuerdo todo. Eso es lo peor. Pero tú ahora quieres guardar sólo una parte y necesitas que te aplauda hasta que me duelan las manos.

LÁZARO.- **(Coqueto.)** Necesito también otras cosas, y tú eres la única que puede dármelas.

TATI.- **(Acercándosele, pero sin entrar de lleno en el juego.)** Yo podría darte por lo menos... algo. Pero, ¿qué le decimos al muchacho de la otra cama?

LÁZARO.- Me enciende la sangre. A estas alturas no tener ni una habitación para mí solo. Me quedan unos pesos del último viaje, después nos metemos en casa de un socio que tiene un cuarto como de nueve estrellas. Pero ahora, por lo menos, dame un besote de adelanto.

TATI.- **(No se mueve. Está como ausente, solo se deja abrazar.)** Hasta dos te daría.

(Apagón.)

Cuarto IV

En la posada el apagón es «real». Se ha interrumpido el fluido eléctrico. PEPE y RENATO están cerca de la luz de una vela. PEPE canta parodiando, pero sin burla, una canción de las misas espirituales.

PEPE.- «Madre mía de la Caridad, ayúdanos...».

RENATO.- Tumba esa letra de espiritismo, que me asustas.

PEPE.- «Ampáranos...».

RENATO.- Yo no creo ni en mi sombra, pero con esas cosas no juego.

PEPE.- ¿Y si te pagaran por adivinar?

RENATO.- Hablan de mí, pero la plata le gusta a todo el mundo.

(Silencio. PEPE está como ausente.)

PEPE.- **(Canta.)** «Siete días con siete noches / por el mundo caminando / y no encuentro una limosna pa'mi viejo, Babalú Ayé. / Tanto como yo camino, / tanto como yo trabajo...».

RENATO.- Deja eso, hermano. Prefiero que sigas con la pelota. Yo voy a dar una vuelta, no sea que con el apagón se forme algún lío.

PEPE.- **(Canta.)** «Tanto como yo camino...».

RENATO.- Si las parejitas aprovecharan y se cambiaran de cuarto sería un vacilón. Malo que después se forme una piñacera.

PEPE.- **(Canta.)** «Madre mía de la Caridad, / ayúdanos, / ampáranos...».

(RENATO se va, lo deja por imposible. PEPE sigue cantando, la vela se va apagando. PEPE se recuesta sobre una silla. De los cuartos llega la voz medio desafinada de alguien que canta un bolero. PEPE se incorpora y busca instaurar el dúo. RENATO regresa. El cantante de los altos se ha cansado, pero PEPE sigue bajito, conectado.)

RENATO.- Deja la musiquita, Pepón. Tengo que decirte una cosa importante. El lunes hay una reunión con todo el mundo. El administrador me llamó y me lo dijo, como yo soy el más viejo aquí... Hace rato que la bolita venía rodando.

PEPE.- **(Empezando a interesarse. Canta.)** «Mira la bolita como sube y como baja, / ay, cómo sube, / ay, cómo baja».

RENATO.- No te voy a decir nada y que la viga te caiga en la cabeza. Uno también se aburre de la gracia seguida, de que siempre andes con tu mente jugando pelota o comiendo catibía. Lo que tengo que contarte, lo que tenía... Bueno, pal'carajo. **(Transición, serio.)** Te toca limpiar el dos y el cuatro.

PEPE.- ¿Qué pasa, mi sangre? ¿Cómo vamos a pasar este carretón de noches sin dormir, mientras media Habana goza, si no nos fajamos y cantamos y jugamos?

RENATO.- **(Después de una pausa de aceptación de la disculpa.)** Se rompió la bicicleta.

PEPE.- Acaba de cantarme la jugada.

RENATO.- Esto lo van a cerrar.

PEPE.- **(Disimulando que ha recibido el golpe.)** Entonces: calabaza, calabaza, cada uno pa'su casa.

RENATO.- Aquí uno pasa muchas malas noches, pero, con un par de roños y un huequito de Pascuas a San Juan, se va escapando. La calle está malísima. Yo tengo mi trauma con lo de doblar el lomo. Cuando era chamaquito y veía a mi padre y mis tíos con el sol dándoles una paliza y los pies metidos hasta el alma en el fango, me dije: «Algo invento, pero eso no es para mí».

PEPE.- Y te volviste un bárbaro en echarle almidón a las sábanas, plancharlas de nuevo y poner a la gente a dormir sobre el cadáver de la leche ajena.

RENATO.- Peor es el que le echa agua a la otra, a la de los niños.

PEPE.- Santa Palabra.

RENATO.- ¿Dónde nos metemos ahora, Pepe?

(Se oye a alguien que llama a PEPE.)

Dale, cógelo que ése debe ser de los últimos clientes.

PEPE.- **(Caminando hacia la zona del escenario de donde viene la voz.)** Estamos cerraos, hermano. Oscuro se pueden hacer muchas cosas, pero a nosotros la empresa nos dice que hay que cerrar.

LÁZARO.- Yo lo que quiero es hablar contigo.

PEPE.- ¡Estelar! Entre el apagón por fuera y la luz que me quieren quitar del bolsillo, no te conocí. Adelante. **(Llamando.)** Renato... **(A LÁZARO.)** El guajiro anda triste, y cuando se engorriona le da por dedicarse a sus obras de arte con las sábanas.

LÁZARO.- **(No está borracho del todo, pero tiene encima suficientes tragos para que cambie su personalidad habitual.)** Anoche me tomé la botella que me regalaste. Estaba en talla, mi socio. Vine a buscar otra para invitarte.

PEPE.- Aquí ese líquido lo tenemos de un manantial particular. Guarde su dinero.

LÁZARO.- Te hablo de a hombre. Primero no entendí que la loca de Tati te fuera a ver...

PEPE.- A las mujeres no hay quien las entienda, campeón.

LÁZARO.- Y dilo, hermano.

PEPE.- Yo sé que debes estar cansao de esos fanáticos que hoy te celebran y mañana te gritan barbaridades porque perdiste un juego.

LÁZARO.- Así mismo. Como si uno fuera una máquina, como si no le dolieran las muelas, no se le enfermaran los hijos...

PEPE.- Todo el mundo sabe que a los coreanos le ganaste de relevo con cuarenta de fiebre.

LÁZARO.- Y contra los americanos aquí, piché muriéndome de la incomodidad.

PEPE.- Esa noche ni el par de salvajes de las Grandes Ligas pudo hacer nada.

LÁZARO.- Mientras más duro tiraba más me ardía.

PEPE.- Pero te veías imponente en la lomita, como siempre. ¿Te salió una ampolla y no dijiste nada para seguir?

LÁZARO.- Frío, frío. **(Representa a medias.)** Cuando hacía los movimientos para impulsarme, el ardor decía «Aquí estoy yo».

PEPE.- Ah, voy acercándome a la paloma y si no vuela rápido la cojo. ¿No era en la mano la cosa?

LÁZARO.- En el centro del cuerpo, en la parte que el hombre más cuida.

PEPE.- **(Completando la idea.)** Ese animal que cuando se cae cuesta Dios y ayuda para que se levante.

LÁZARO.- No es fácil andar de guagua en guagua, de pueblo en pueblo, y lo que va a los juegos a buscarnos no son virgencitas. Mucho sacrificio y casi nadie te entiende, mi socio, ni la mujer de uno.

PEPE.- Vayan por la piscina cuando quieran y nadamos en unos calamares o nos zambullimos en unos espaguetis.

LÁZARO.- **(Disimulando su raíz de celoso.)** ¿Te gustó mi mulata, eh, hermano?

PEPE.- **(Casi ruborizado.)** Yo soy incapaz de mirarle, de ninguna forma, la mujer a un hombre que aprecio. Vaya, para mí tienen barba, bigote y un machete al cinto.

LÁZARO.- Era una jarana, bróder. La cosa es que uno se mata y después tiene que compartir el cuarto con un chama que empieza y al que quieren ponerlo por el cielo.

PEPE.- Tú también brillaste desde los juveniles.

LÁZARO.- Sí, pero para llegar arriba tuve que soltar el pellejo.

PEPE.- Y ahora ¿qué pasa, estelar?

LÁZARO.- Lo mío y lo de Tati fue un vacilón, una bola de humo china. Nos chocamos allá en Japón... Sin alardes, hermano, pero esa era la dama que todo el mundo quería llevarse y tuve que hilar fino porque cuando salía del escenario y se ponía la ropa de mujer sería, más parecía un soldado que una bailarina. **(Pausa. Asociando.)** Y ahora la madre de los chamas también quiere que cuelgue el guante.

PEPE.- Qué va, todavía hay picher grande pa'rato...

LÁZARO.- **(Más íntimo.)** ¿Me lo dices de verdad, Pepe?

(La luz «real» vuelve súbitamente. Es como una agresión. Se enciende el radio, echan a andar con ruido los ventiladores. PEPE y LÁZARO se miran como con vergüenza de tanta intimidad. El apagón ahora es completo.)

Cuarto V

Habitación de la posada, ahora mucho más en orden. Hay algo de sórdido, pero atenuado por cierto esmero. TATI y LÁZARO acaban de llegar.

TATI.- Pepe se esmeró.

LÁZARO.- Ese tipo es un fenómeno. El otro día se me soltó la lengua y al final no sé si le hablé más de la cuenta. Yo soy una figura y a lo mejor me lo han tirado atrás para no perderme ni pie ni pisada.

TATI.- Por favor, Lachi, delirio de persecución no. ¿Tú has hecho algo malo?

LÁZARO.- A mí hay que hacerme una estatua más grande que la de San Lázaro. Nunca me pasó por la cabeza dejar esto y mil veces pude...

TATI.- Pero ahora cualquiera diría que te arrepientes.

LÁZARO.- No es eso, Tati. El Marqués allá con sus millones también tiene sus jodiendas. Y aunque ruede un carro que parece un avión daría cualquier cosa por tirar una pelota aquí en La Habana, en el Latino, con las gradas llenas de la gente del barrio.

TATI.- Yo he vivido demasiado tiempo con miedo, mi amor. Hasta que me vacuné contra él. Si uno se pone a ver un policía, o un lengüilargo en cada esquina, no puede ni tragarse un pedazo de pan con tranquilidad. Si Pepe te ofrece su admiración y su amistad, cógelas y no preguntes.

LÁZARO.- **(Cambiando, zalamero.)** ¿Y a ti qué te cojo? ¿Qué me piensas dar esta noche?

TATI.- **(En el juego, pero con escasa pasión.)** Vamos a ver qué puedo hacer por ti.

**(Luz en la zona de PEPE y RENATO. PEPE sorprende a RENATO
espiando a la pareja.)**

PEPE.- Te dije que no, y es en serio, so Renato.

RENATO.- No les cobras, cambias las cosas de lugar para que los «tortolitos» tengan luna de miel. Y ahora tampoco...

PEPE.- No, el hueco no. Y te pido un favor, Renato: que nadie se entere que nos pusimos los espejuelos de palo con ellos. No sé si yo tenga valor para decírselo algún día.

RENATO.- Después de brujo, palero, espiritista, santero, ahora me parece que quieres meterte a cura.

PEPE.- Tú no entiendes. No le pido al camaleón que sea portero del Real Madrid ni a la jicotea que juegue baloncesto. Pero de la miradera no quiero saber más.

RENATO.- Aguanta, tú dirás con la madama y el estelar, porque si entra otra ricura...

PEPE.- No te hagas el de los ojos más saltones que nadie. Tú sabes bien que esa ilusión es cosa de los que empiezan.

RENATO.- Yo pensé jubilarme en esta jodienda. No sé hacer más nada. Tú, aunque sea, tienes historias que contar. Pero ahora se acabó el recreo, hay que irse.

PEPE.- **(Volviendo a los cantos espirituales, primero como en broma, después sugestionándose.)** «Se van los seres, / se van los seres, / se van los seres a otra mansión».

RENATO.- **(Por primera vez entrando, poco a poco, en la atmósfera popularmente mística del canto espiritual.)** A lo mejor aparece algo bueno, ¿verdad, Pepe?

PEPE.- **(Canta.)** «Tanto como yo camino, / tanto como yo trabajo / y no encuentro una limosna...». **(Pausa.)** Yo iba a ser malo, malo cantidad, Renato. Tú sabes que los viejos míos se me murieron sin darme tiempo a que me apretara las espinillas o a decirles que me dieran una llave. Cuando vine a ver aquel pariente estaba muerto, boca abajo en la acera y yo en el tanque. Fui presidiario antes de ser padre, esposo o tener bigote. He dado más tumbos que un paquete mal amarrao arriba de un tren

lechero, pero nunca le arrebaté una cartera a nadie ni salté por una ventana.

(Silencio. A RENATO le ha impresionado que PEPE «soltara» ahora esas cosas.)

Últimamente fui levantando y tú lo sabes. Primero, **(Representa.)** «Eh, amichi, may fren...», y siempre caía algún rubio de afuera con ganas de comprar Puros o comerse una posta con buena hembra y musiquita a mano, en la paladar de la esquina.

RENATO.- Pero no es lo mismo el fuego de la calle que un trabajo seguro y con búsquedas.

PEPE.- Por ahí viene mi media lagrimita. A lo mejor pa'la gente de otro mundo, esos que ven televisión en chancletas de siete a diez, curralar aquí es algo que no hay que estar gritando a los cuatro vientos.

RENATO.- Sí, no es lo mismo decir: trabajo en la pizzería, que soy posadero. Uno al principio lo habla bajito.

PEPE.- Y el dinero siempre parece que está mojado. Yo metí tremendo adelanto. Vacilo ser un tipo que paga el sindicato y tiene un horario para salir de la casa y entrar al trabajo.

RENATO.- ¿Entonces, Pepe?

PEPE.- Entonces llovió... Salió el sol.

RENATO.- Coño, contigo no se puede hablar en serio ni tres minutos.

PEPE.- El sol secó las paredes. Las grietas se abrieron más y más y... al suelo las casas, la gente corriendo, alguien trabao entre los escombros. ¿Vas a decirme que eso no es algo serio?

RENATO.- Ya caigo, pero tú das más vueltas...

PEPE.- Se cayeron las casas y en algún lugar hay que meter a la gente. Los que sobramos somos nosotros.

RENATO.- ¿Y los demás, Pepón? ¿Dónde resuelven ahora su problema?

PEPE.- **(Dispuesto a despedir la seriedad.)** Tendrán que cantar, hermano, cantar... «Si me pides el pescao te lo doy, / te lo doy, te lo doy, te lo doy». Lo que ahora hay que buscar dónde meterse pa'sacar el pescao del sartén.

(RENATO ríe. La luz viaja al cuarto de LÁZARO y TATI.)

LÁZARO.- Todos los días no son de fiesta. Tampoco hay que darle muchas vueltas.

TATI.- Hoy no puedo, Lachi. Prefiero quedarme con la ropa puesta, que soltar tres gritos de mentirita.

LÁZARO.- No hay lío. Ya nos desquitaremos.

TATI.- ¿Me vas a llamar?

LÁZARO.- No tengo costumbre de pegarme al teléfono.

TATI.- Ése es tu hábito, tu rutina con tu mujer, con tus hijos. Y eso a mí no me importa.

LÁZARO.- Cualquiera diría que sí, que te importa, que te jode, que te mortifica.

TATI.- ¿Y si así fuera? Si me pongo la chancleta en el deo gordo del pie y te digo: «Papi, o ella o yo», ¿qué tú haces?

LÁZARO.- Lo más probable es que mi respuesta sea: ninguna de las dos.

TATI.- Se me olvidaba que sigues siendo un gran picher.

LÁZARO.- ¿A qué viene eso ahora?

TATI.- Nada, que me mareaste con ese cambio de velocidad.

(Apagón.)

Cuarto VI

Ahora TATI y PEPE vuelven a estar frente al televisor en la «piscina».

PEPE.- Me dan ganas de estar dándole patadas al televisor hasta colarlo de goooooool... en el basurero de la esquina.

TATI.- Nadie tiene la culpa.

PEPE.- Pero no lo pusieron, abridora. Dejan al mejor contando puntillas en el banco y sacan a tirar a ese zurdito con cara de pollo de dieta.

TATI.- Lo mío y lo de Lázaro anda mal.

PEPE.- (**Canta.**) «Mejor que me calle, / que no diga nada».

TATI.- Ya sé que no te importa, pero con alguien tengo que hablar.

PEPE.- ¿Y de qué me viste tipo? ¿De prima del campo o de comadre lavandera?

TATI.- Te vi cara de bueno, Pepe. Por eso averigüé dónde vivías y vine.

PEPE.- Yo pensaba antes que era medio loco, pero tú me ganas. ¿Preguntaste quién era yo?

TATI.- No me llevo por comentarios ni por famas. Alguien me dijo que sabes mucho de Santería, que por eso lo de Pepe, *El Brujo*. Nunca he creído en nada, pero a lo mejor ahora me hace falta...

PEPE.- Tú vas para Oriente y yo me cruzo contigo en la carretera. Creí mucho y eso me ayudó a no tirarme delante de un camión. Todavía entre pecho y espalda, en mi moropo sentimental, algo me dice que hay cosas más allá de dos y dos son cuatro. No todo puede ser la seguidilla de me levanto, como, me baño, curralo, me enamoro y un buen día guardo el carro. De vez en cuando suena una maraca, me viene un canto a la boca o enciendo una vela. Pero hay mucho descaró, muñeca. Si yo soy santero, babalao o tengo hecho aunque sea la Virgen del Camino, y llega un extranjero a mi casa (**Representa en caricatura.**) se tienen que hacer Santo, tú, tu mujer, los hijos y hasta la cotorra.

TATI.- Pero la fe debe ser otra cosa.

PEPE.- Esta vida es un fenómeno, medallista. **(Evadiéndose con el juego de pelota.)** Mira, te lo dije, al zurdito litro de leche le están dando y no son consejos.

(Silencio. TATI atiende al juego pero no se concentra.)

TATI.- ¿Por qué tú sufres tanto, Pepe?

PEPE.- **(Canta.)** «Lo que a mí me causa pena / es mi problema. / Nada, / no pasa nada».

TATI.- **(Siguiendo el texto de la canción de Los Van Van.)** «No te cuestiones más / mis situaciones».

PEPE.- «Esto es pa'que, / pa'que te vayas».

TATI.- ¿Te molesto? Tampoco puedo obligarte a que me hagas caso.

PEPE.- Aquello, donde tú sabes, se acaba, cierra, tira el telón. Cuando recojan los bates y termine ese juego, mi vida no se sabe qué rumbo coja. Más bien me la figuro como la suerte de un tipo que está solito, encuerdo arriba de un güin de caña con un ciclón soplando...

TATI.- Puedes buscarte otro trabajo.

PEPE.- Pero hay otro problema...

TATI.- ¿Cuál?

PEPE.- El güin está partío.

TATI.- A lo mejor se le puede meter un arreglito, o nadie sabe... si el ciclón sigue de largo...

PEPE.- El huracán va a venir ahora. Mira, el mejor salió a calentar, **(Con el televisor como si fuera el *manager* del equipo.)** pero tráelo ya, cabeza de puntilla, ahora que estás a tiempo.

TATI.- Ojalá no lo saquen a pichar. Hoy no va a estar bien.

PEPE.- ¿Te lo dijeron los caracoles, los cocos o tu narizota de mujer?

TATI.- Pepe, ¿qué tiempo hace que no te enamoras?

PEPE.- Yo qué sé.

TATI.- No me trates mal. Mira que me zambullo bien cerca del fondo, nado, nado y, sin que te des cuenta, salgo por la otra parte de la piscina.

PEPE.- **(Volviendo a la transmisión.)** No lo puedo creer, yo tengo que estar soñando. Ahora trae al Feo corre caminos y manda a Lázaro a sentarse. ¿Tú has visto una cosa igual en tu vida?

(TATI apaga el televisor. La luz de la escena cambia. Se produce un silencio hondo y raro.)

¿Y eso? Te dio fuerte. Déjame gozar mi pley, mira que a lo mejor mañana vuela la pantalla por la ventana como un pajarito.

TATI.- El televisor es tu amigo. Y un tipo como tú, no vende a un socio así como así.

PEPE.- **(Ahora duro, triste casi.)** Un tipo como yo, muñeca, puede irse detrás de esa novia mentirosa que es chiquitica, gordita y redonda, la muy cabrona.

TATI.- ¿De quién estás hablando? Ábrete conmigo, quítate esa máscara de hacer gracias todo el tiempo. Quiero verte la cara y mirarte los ojos hasta el fondo.

PEPE.- La ladrona de televisores, la que deja a la familia tomando agua caliente porque el frío se derrite en dos noches. Es la piedra, encanto, de eso que afuera le dicen crack, crack, crack, así de fácil, como el que muerde una galletica.

TATI.- Yo te quiero ayudar. Nos podemos aguantar uno del otro para no hundirnos...

(PEPE la mira largo, parece tentado a abrazarla, pero enciende el televisor. Ahora pone el sonido muy alto.)

Vamos a nadar, Pepe...

PEPE.- Yo soy un muerto en eso. Dale saludos míos a los tiburones, y si te encuentras alguna ballena soltera...

TATI.- El mar me calma, ojalá encontrara un barco para darle tres vueltas al mundo sin parar.

PEPE.- Con las que nadan mucho como tú, uno tiene que hacerse el bobo en lo bajito hasta que venga una ola buena gente y quiera devolverlas.

TATI.- Regresar, Pepe. Venir... Yo vengo del forro de tu mundo, de lo contrario. Niña educadita, formal, mulatica clara que pasa por blanca y debe comportarse como una rubia de ojos azules. Y después la pañoleta más planchada y no se puede faltar a un acto, y los santos de la abuela escondidos porque hay que tener el carné rojo y la conciencia transparente. Después te vas dando golpes, un día faltas, otro pegas un tarro. Pero la santona, la comemierda que te enseñaron a ser, sigue ahí, pegada a tu piel como una ventosa. Ahora, ¿qué me hago con las sobras de tanta rectitud?

PEPE.- **(Por decir algo, suelta este estribillo pero no se atreve a cantarlo.)** «Cada uno goza con lo que le gusta, / cada cosa tiene distinto sabor...».

TATI.- Tómame en serio, coño. Me hace falta. Siempre supe que ibas a entrar en mi vida y en la de Lázaro.

PEPE.- Aguanta, nena, que me estás dejando botao. No me eleves mucho que cuando me dejes caer voy a ir a dar más abajo del sótano.

TATI.- ¿Tú no te das cuenta de que Lázaro no da más, que necesita retirarse?

PEPE.- ¿Colgar el guante ya? **(Ahora trata de convertirla en un fanático discrepante de estadio.)** Ese hombre tira más de noventa millas...

TATI.- Noventa millas... Allá fueron a dar, al Norte, ahí enfrente, a los malos, muchas niñas conscientes como yo y hasta algunos maestros de los que sudaban marxismo y meaban conciencia.

PEPE.- **(Canta.)** «No hay que llorar / que la vida es un carnaval / y las penas se van cantando».

TATI.- No, Pepe, las penas no se van, se encajan y tú lo sabes.

PEPE.- (**Serio.**) Cuando a uno la pelota le gusta con delirio, cuando inventas un juego y tú sólo bateas, corres, te viras pa'segunda y la votas por arriba del techo, si uno lo tiene así en la sangre, no es jamón sacar cuentas, ponerse a pensar tranquilito. Pero si el estelar tiene que colgar, que sea ganando, arriba.

TATI.- Le están bateando, está perdiendo.

PEPE.- Un momento, hable como es si va a mentar al mejor promedio de ganados y perdidos del Beisbol Nacional.

TATI.- Tiene el mejor récord, pero con otra serie como ésta las carreras limpias aumentan, se pone gordito el espacio de las derrotas y a bolina el papalote...

PEPE.- Pero eso no puede pasar. Tú tienes que ayudarlo.

TATI.- Los dos, Pepe.

PEPE.- Tumba esa talla, girasólica. Ese hombre es uno de mis dioses, Changó que vino a la tierra con una pelota en la mano. Estás hablando con un posadero mirahuecos, un tipo que se faja a los piñazos con la droga y le ha ganado unos raunds ahí, pero ella lo vira al revés en cualquier momento. En el tiempito que le queda al caserón van a tener el cuarto hecho un pincel. Si quieren les canto serenatas por la ventana, pero hasta ahí las clases. Tú me estás fabricando con churre como aquel tipo sacó a Pinocho del pedazo de palo.

TATI.- ¿Cómo es eso de mirar huecos? ¿Es verdad, Pepe?

PEPE.- Fue un decir, hay quien lo hace. (**Se aferra al televisor y a la casualidad.**) Mira, al fin lo sacaron a relevar, ahora van a saber lo que es coquito con mortadella...

TATI.- ¿Me miraste, nos viste, Pepe?

PEPE.- Se acabó el juego por hoy. Quiero ver la pelota y estoy al reventar con tu natación submarina. No te me pongas bravita, pero seguimos otro día.

TATI.- (**Neutra.**) ¿Estoy buena, Pepe?

PEPE.- (**Perdiendo los estribos.**) Ya. No quiero jueguitos con eso.

(**Ahora es ella la que se concentra en el televisor y narra el juego, pero en un tono intimista, suave.**)

TATI.- Bola, la bola está afuera. Lázaro está cabrón, da paseítos. Otra vez tiró afuera. Sé que está nervioso, las manos le deben sudar y así no puede agarrar bien la pelota. Él quiere tirar bien duro, como yo quisiera tener mis tetas. (**Pausa breve, sin coquetería.**) ¿Están muy mal mis tetas, Pepe?

PEPE.- Deja eso, o te quedas aquí con el juego, el televisor, la piscina y la madre de los tomates. (**Ahora más impersonal, como si imitara el tono suave de ella.**) Como los cocineros se repugnan de las comidas más estelares, uno le va perdiendo la gracia a la cama. ¿Qué le voy a inventar a mi mujer cuando llegue a la casa si me he pasado veinticuatro horas entre suspiros y traqueteos?

TATI.- Pero te siguen gustando las mujeres, ¿no, Pepe?

PEPE.- Sí, fiscalita. Cuando se te olvida todo ese lío es cuando la otra novia, la cabrona de los dos minutos arriba, se te monta. Empatarse con una mujer que lleva piropos, salidas y su regalo bobo, ni soñarlo... Y cuando encuentras dinero, la otra te empuja... y te hunde.

(TATI va a decir algo pero el testimonio de la droga la sobrecoge. PEPE se refugia con doble vehemencia en el televisor. A partir de aquí los diálogos son como desconectados, aunque, como en un segundo plano, cada uno oye los del otro.)

Corre, feo, no le llegó... dos carreras porque ese centerfil no quiere ir al quiropedista a arreglarse los callos.

TATI.- Cada vez que estamos y no dormimos la noche entera, me siento como una putica triste. La bronca del baño no debe haber sido por el buen rabo, sino por el sueño, por la almohada babeada del tipo. Una mano en la espalda medio dormida pero cariñosa, vale más que la picha más dura.

PEPE.- ¿Lo van a quitar por esa bobería? No tires el guante, no lo cojas con esa furia, estelar. Tú sigues siendo tú y a este manacher nuevo na'más que lo conocen en su casa a la hora de almorzar. **(Transición, ahora incluyendo a TATI.)** Está molesto con razón, pero eso le puede buscar una candela. A mí me han sacado del juego una pila de veces y me he tenido que acostumbrar.

TATI.- **(Ya directa con PEPE.)** Lázaro no aprendió a otra cosa que a ser picher. Siempre miró para el retiro sin ver, como algo que se sabe que existe, pero a última hora se puede volver mentira. Y piensa primero en sus problemas, segundo en sus líos y tercero en sus situaciones...

PEPE.- Como todo el mundo, mi chiquitica. Si conoces a alguien que se ponga pa'los demás en quinto lugar, prémialo y ni se te ocurra pensar que es egoísta.

TATI.- Y tú, ¿nos vas a ayudar?

PEPE.- Cuando me faje con tres o cuatro de mis jodiendas.

TATI.- Tú tienes algo especial, aunque parezca que hablas y hablas, que te pasas el día cantando y fastidiando, yo siento que me atiendes.

PEPE.- Allá dentro aprendes algo de eso. Tony *El Guay* fue siempre uno de los tipos más mentaos y nunca le dio una galleta a nadie. Tenía aquella sonrisa de oreja a oreja, esa cara de prestarte atención. Eso es una ventaja que se lleva y que vale, igual que una rueda de cigarros o un secreto bien clavado. Todos los días hay un tipo al que le tocó su hora de no aguantar más la gracia de estar trancao, y si ese día lo oyes y lo haces reír, ya te lo echaste en un bolsillo.

TATI.- Quiero saber si nos viste en la cama, Pepe. **(Él protesta con un gesto duro, ella no le da tiempo a decir nada.)** Es más, me gustaría que nos hubieras visto.

PEPE.- **(Desconcertado.)** ¿Qué tú quieres, Tati? ¿A qué quieres jugar?

TATI.- No pienses mal, amigo. Sería como una maldad que guardamos tú y yo, un secreto exclusivo de nuestra amistad.

PEPE.- **(Respondiendo instintiva, animalmente.)** Si va a llover que llueva, nena. Y si comentan que sea con razón. Yo seré cualquier cosa, pero aquí hay un hombre. Si me quieres usar para joder al estelar, me dolería por él, pero maricón no soy.

TATI.- No. Por ahora no te quiero templar, Pepe. **(Pausa larga e incómoda.)** No entiendes. Soy un desastre. En un mes cumpla 35 y no soy ni mujer ni querida de nadie, parí pero no tengo hijos...

PEPE.- Y eso...

TATI.- Eso es muy duro y mejor dejarlo.

PEPE.- **(Abochornado, sin saber dónde meterse.)** Bueno, como quieras. Puedes quedarte aquí. Descansa un rato y yo voy a dar una vuelta.

TATI.- No hacemos nada con salir huyendo. Eso, de lo que no hablo, es un niño lindo que me duró cinco meses... y lo perdí.

PEPE.- Del carajo. Discúlpame. Yo no sabía, soy un animal...

TATI.- ¿Adónde sería esa vuelta?

PEPE.- No te puedo llevar, es un lugar muy feo. Los pies se te mojan con agua cochina que nadie se ocupa de parar. Si das un paso te encuentras a lo que era tu mejor amigo que ahora es un bulto de pelo, con las manos temblando...

TATI.- Entonces tú tampoco vas. Porque el televisor no va a volar por la ventana, él no trabaja en Cubana de Aviación. Nos hace falta para ver la pelota. **(Aferrándose y buscando arrastrarlo a la pantalla del juego.)** Mira, el correcaminos está en el banco y no se le olvidan los palos que le dieron. Ya sacó la bamba y está a punto de soltar un lagrimón.

PEPE.- Hasta yo, medallista. Por primera vez en una carretilla de años, estoy a punto de llorar, muchacha.

(El apagón los sorprende al borde del abrazo.)

Cuarto VII

La iluminación tendrá que ver ahora con un tono neutro, contrario a la penumbra. El hotel se ha tornado más impersonal. En la posada es de día y la luz es cruda, dura, irreal. En el hotel, LÁZARO está llenando un maletín deportivo. Mastica un insulto ininteligible.

LÁZARO.- **(Por primera vez se entiende.)** Le roncan los cojones... **(Pausa. Dialoga con los objetos que va echando en el maletín.)** Se acabó.

(En la posada, RENATO parece ahogado en un mar de trastos. Está sentado sobre un montón de sábanas.)

RENATO.- Déjalo, Pepón. Oye, eso no se le ocurre ni al que asó la manteca. Limpiar ahora, ¿pa'qué, mi hermano? Que tiren agua y den escoba las mujeres gordas que vienen a vivir para acá. **(No le importa)**

demasiado que PEPE lo oiga o le conteste.) Ya aquí no queda nada que llevarse. Dejamos que las pilas soltaran agua, que las sillas cojearan de una pata, total, nadie se fijaba, la vida seguía igual. ¿No es verdad, Pepe?

(El otro no le contesta, pero se oye primero muy lejos, enseguida con más nitidez, a alguien que canta un bolero melancólico. La luz se recrudece en el cuarto del hotel. LÁZARO se dispone a salir, pero primero va hacia un espejo y comienza a peinarse.)

LÁZARO.- Mulato de pelo bueno, hombre a todo... **(A un interlocutor dentro del espejo.)** Tú no sabes nada de aquello, Suárez. Me estaba peinando... **(El brazo desciende lentamente con dolor. Hay una batalla sorda.)** No podía ni levantar un lápiz. Y después, lo logramos, con aquel tronco de médico y contigo, Changó. **(Va levantando el brazo lentamente, el actor debe recordar que hay mucho de ritual en el movimiento.)** Volví como nunca. Dejé de tirar siempre duro, de creermelo que tenía una escopeta en la mano. Aprendí que este fusil es como el otro que llevas entre las piernas, que hay que saber manejarle el calibre, ver hacia dónde se dispara. Tú no vas a botarme, Suárez, de tu nombre se van a olvidar en un par de años. Al que no le caen a palos es al que nunca se ha subido en la lomita a pichar, pero la cara de desprecio que pusiste para sacarme, ésa nunca te la voy a perdonar. **(Se aparta del espejo, regresa a la circunstancia de la cólera, pero ahora es más serena.)** Vamos a ver a cómo tocamos. **(Sale.)**

(La posada. PEPE se acerca. RENATO se anima.)

RENATO.- Cuando uno está salao, los perros lo confunden con un poste del teléfono... Ese derrumbe no estaba en los planes.

PEPE.- Tú vas a salir mejor, retirado Renato.

RENATO.- ¿Mejor?

PEPE.- Hay un tipo que te va a tocar con un baro para que te hagas el sordo y, si no ciego, al menos que parezcas un bizco de avanzada.

RENATO.- ¿Qué tipo, tú?

PEPE.- Eso no importa, tú no lo quieres pa'casarte con él.

RENATO.- Pero nadie regala dinero, ni los locos. No he visto a uno que le dé por meterte en el bolsillo los billetes de a veinte.

PEPE.- Pues el gallo está aquí, oyendo la conversación.

RENATO.- Aquí, ¿dónde?

PEPE.- **(En el juego.)** Aquí... aquí.

RENATO.- ¿En el barrio?

PEPE.- Aquí.

RENATO.- ¿Allá afuera, esperando?

PEPE.- Aquí... **(Encarándosele con un sobre en la mano.)** Míralo, Renacuajo...

(RENATO más que contar parece conversar con el dinero.)

RENATO.- ¿Y esa gracia, Pepón?

PEPE.- Dinero, un poco en dólares, aprobados por el gobierno desde

hace rato, y Moneda Nacional, MN, dinero cubano, ¿qué más quieres saber, ricura de Renato?

RENATO.- El juego es juego, pero el dedo metió...

PEPE.- No es juego. Si no quieres el dinero, me lo guardo en el bolsillo.

RENATO.- Tú sabes que lo quiero con la vida, lo que a lo mejor en todo este tiempo bostezando y cayéndonos a mentiras, no te has puesto a averiguar por qué mi delirio, mi matraquilla, con la plata. Tengo dos hijos y un nieto...

PEPE.- **(Cansado del tema.)** Que habla como un loro y te tiene bobo...

RENATO.- Tú no sabes lo que es mantener una casa, la picazón que da el refrigerador vacío y lo hombre que te sientes cuando lo llenas y la mujer no tiene que romperse la cabeza.

PEPE.- **(Tocado por la comparación.)** A lo mejor por eso mismo te suelto este dinerito. Porque mis hijos andan regados y no puedo ni asomarme a la puerta del frío. Los padrastros me han salido buena gente los muy hijoeputas. Fíjate si son chéveres que los chamas míos les dicen papi. Con un par de consejos y carne de la que a ti te gusta en el congelador, me robaron el nombre.

RENATO.- ¿Y cómo se te ocurrió este bonche del dinero?

PEPE.- Es en serio. Vas a hacer un buen negocio. Ese guano es para que me dejes solo aquí.

RENATO.- ¿Con la gente nueva llegando?

PEPE.- **(Buscando el ritmo de broma.)** Puedo ayudar a las viejitas, enderezarles el bastón si tropiezan en esta penumbra.

RENATO.- ¿Y todo eso pa'qué, Brujo?

PEPE.- Es que una anciana seria no debe andar con un bastón con más curvas que los lanzamientos del estelar.

RENATO.- No me canses, Pepe. El horno no está pa'galleticas.

PEPE.- Y mucho menos sin mantequilla.

RENATO.- Tengo cincuenta y pico de años y nunca he pisado una estación de Policía.

PEPE.- ¿Estás hablando bien de ti o diciéndole entretenida a la fiana?

RENATO.- Como quieras, pero no me voy a complicar ahora. Con lo que tengo, puedo ir tirando y sentarme a coger fresco en el portal con un piyamita nuevo.

PEPE.- Y tienes miedo de que Pepe, el presidiario, te quiera cambiar la ropa de roncar frente al televisor por la otra, la azul con un número en la espalda. ¿Es eso, rependejo Renatón?

RENATO.- Tú nunca has sido tipo de complejos ni la cabeza de un guanajo.

PEPE.- Claro que no. Vamos a acabar de matar esta jugada: coge la estilla y nos vemos en la próxima caricatura, o, como dice la gente seria: «Yo te llamo», «Cualquier día de estos caigo por tu casa». Arranca, que ya hiciste el pan y fue sin sembrar el trigo, ni cargar los sacos, ni

asomarte al fuego del horno.

RENATO.- No me voy sin saber para qué tú quieres quedarte solo en medio de esta cochiná. Tienes que decirme para qué quieres estar aquí cuando se forme la algarabía de ollas de presión pitando y los chiquillos dando gritos a toda hora.

PEPE.- A lo mejor me consigo un hijo o un nietecito cabezón para buscarle la comida y volverme bueno, decente, limpio como tú, hijo de... Bolondrón.

RENATO.- Yo no tengo la culpa de tus desgracias, mi socio.

PEPE.- **(Ahora canta en un tono más soterrado y amargo que en el Sexto Cuarto.)** Claro. «Lo que a mí me causa pena / es mi problema. / Nada, / no pasa nada».

RENATO.- Sí, hay algo raro y me lo vas a decir ahora mismo.

PEPE.- ¿Y esa velocidad, tú? Dame acá el dinero, y **(Vuelve a cantar, ahora buscando alegría.)** «Chirrín, chirrán, / que ya se acabó».

RENATO.- **(Como un niño que no quiere soltar la golosina.)** ¿Y si no te lo doy?

PEPE.- Mejor, tarúpido. Te vas pal'carajo ahora mismo, con tu plata, tu peste a boca, tus manitas de ladrón y tu cara de tipo decente.

RENATO.- No me ofendas, Pepe. Cuando yo me encabrono no creo en nadie.

(Durante el último intercambio, TATI ha estado cerca, pero no han reparado en ella. Su voz los sorprende, los detiene.)

TATI.- ¿No crees ni en las mujeres, Renato?

(Breve silencio. Los dos hombres se quedan como congelados. RENATO reacciona primero.)

RENATO.- Tú eres... Me caí de la mata, ya entiendo.

PEPE.- **(Encarándosele.)** Tú no entiendes, Renato.

RENATO.- ¿Que no...? Aquí una mujer sola no pinta nada. A no ser...

TATI.- Que venga a buscar a un hombre.

RENATO.- Bueno, ni eso se vio mucho, porque los tipos aquí vienen con su compañía, pero Pepe es un hombre... **(Grosero, desnudándola con la mirada.)** Y yo también.

TATI.- Sólo me importa Pepe, señor.

RENATO.- Ya, ya... bueno...

PEPE.- Malo. Tú eres malo y sucio y arrastrao. **(Se le va saliendo la dura violencia que no se ha visto hasta ahora.)** Puta vieja y con dientes postizos. **(Logra golpear a RENATO.)**

(RENATO cae, pero TATI se interpone.)

TATI.- Eso no, Pepe. Tú no puedes...

RENATO.- **(Buscando algo con que defenderse.)** Delincuente, descarao, me voy a desgraciar por ti, carne de presidio, piedrero... **(Se acerca con un pedazo de madera pero sin valor ni convicción real para la pelea.)** Te doy a ti y a la bicha esta también.

(PEPE logra soltarse de TATI y con habilidad forcejea con RENATO.
Lo desarma y le propina una bofetada.)

PEPE.- Ahora piérdete antes que te los corte. **(Lo empuja.)**

RENATO.- **(Saliendo.)** No lo iba a decir, pero ahora lo grito bien alto: los dos le miramos el culo a esta y a su querindango. ¿Quieres hacer un pastel con el picher famoso?

PEPE.- **(Fiero, pero sin gritar.)** Acaba de irte, Renato...

(RENATO olfatea el peligro y sabe que tiene tiempo para una sola frase.)

RENATO.- Pero tuviste que pagarme...

PEPE.- Sí, no mucho, pero más de lo que vales.

(RENATO sale. Silencio espeso.)

TATI.- Me siento culpable...

PEPE.- **(En busca de su alegría o máscara habitual.)** No te me pongas trágica, mama. Mira que a mí lo que me gusta es el deporte. Ese Renato es un saco de mentiras.

TATI.- No me importa, amigo. Tú no nos conocías.

PEPE.- Pero me fastidia... **(Dando por cerrado el tema anterior.)** Hay que apurarse.

TATI.- Yo vine corriendo a contarte. A Lázaro lo quieren sancionar. Tantos años brillantes pueden terminar salpicados de mierda.

PEPE.- Eso no va. Voy a buscarlo. Quédate aquí. El cinco es de ustedes por ahora. Si tocan a la puerta no abras. Cualquier cosa, hazte pasar por una mujer de muy mala suerte que se quedó sin techo.

TATI.- ¿Y si se dan cuenta de que quiero ser la última gozadora? ¿Ésa fue la «reservación» que le pagaste a Renato?

PEPE.- Olvida eso, tumba catao y pon quinqué. Lo más triste es que yo le cogí mi poco de cariño al cabrón guajiro. Hemos pasado más noches juntos que cualquier matrimonio de media vida.

TATI.- Pero a él no le importa.

PEPE.- Nadie sabe. Lo que gritó, que no sirvo, no es ninguna locura. Que no se te olvide. Bájame toda la sabrosura que tú quieras, pero al tigre no hay que invitarlo a un desfile de ovejas tiernas.

TATI.- Si me vuelves a hablar así...

PEPE.- ¿Te vas? Nada de eso, mundialísima. Espérame en el cinco, quédate en la monja que yo te traigo al pecador.

(Apagón más largo que los del resto de la obra. En la oscuridad alguien canta. La puesta en escena puede trabajar una vinculación entre el tono de la guaracha que sube y el paso de la luz hacia la penumbra de la «piscina».)

Cuarto VIII

A partir de aquí la relación entre el cuarto de PEPE y el de la posada será muy directa, como si las separase una transparencia. Piscina de PEPE. LÁZARO y PEPE se disponen a «bajar» hasta la puerta.

LÁZARO.- Ve tú si quieres y dile que yo sigo complicao.

PEPE.- A lo mejor ella te alumbra, estelar.

LÁZARO.- Las mujeres son un rollo de alambre, Pepe.

PEPE.- Por eso mismo. Sirven para ponernos cercas y no dejarnos correr por la libre.

LÁZARO.- Seguro que a ti no hay jeva que te amarre.

PEPE.- No, pero no es que yo sea el bárbaro. Ninguna me quiere para su patio.

LÁZARO.- Si vuelvo a pichar es por la gente como tú, que de verdad le ponen el corazón a la pelota.

PEPE.- ¿Y vas a decir que fallaste, que a un pelotero de esa altura no le pegaba eso de tirar el guante?

LÁZARO.- Ven acá, ¿tú estás con los indios o con los coboys?

PEPE.- **(Como un entrenador que da instrucciones de estrategia deportiva.)** Aceptas el fallo y después sacas el pie, te viras pa'segunda y dejas claro todo lo que tú eres y lo que algunos no quieren recordar.

LÁZARO.- Eso del recuerdo me huele a viejo, a cosa que pasó.

PEPE.- Ahora lo que pasa es que tienes una mujer linda, suave, muerta por ti esperándote.

LÁZARO.- Si ella hubiese dejado al marido cuando llegamos de Japón...

PEPE.- ¿Tú sabes nadar, campeón?

LÁZARO.- Un poco.

PEPE.- Pues de cabeza en la piscina.

LÁZARO.- ¿Y si no doy pie?

(PEPE no sabe qué responder. Puede quedarse estático en la posición de alguien que va a tirarse de cabeza en el agua. La penumbra viaja hacia la posada. TATI parece estudiar el húmedo techo. La banda sonora va creciendo a lo largo de la escena y se van reconociendo los ruidos de la vida cotidiana.)

TATI.- No estaría mal tener aunque sea estos tres metros para intentar ser un poco feliz. En mi casa lo cómodo se ha vuelto la peor incomodidad. Claro, cuando hay un par de muchachos nadie quiere partirlos a la mitad. Eso nos toca a las mujeres. Aquí no hay refrigerador, ni video, ni recuerdos que dividir. La posada será fea, húmeda, pero se inventó para gozar y quererse, aunque sea un rato. **(Rediseña el espacio.)** El baño está ahí, hecho leña, pero está. Faltaría una cocinita, algo para colgar la ropa... **(Pausa.)** ¿A quién le darán este cuarto? Si me tocan a la puerta ahora mismo para botarme, le voy a dejar un consejo a la dueña: **(A una supuesta mujer.)** «Mira, mi amiga, yo sé que tienes que inventar qué cocinar todos los días, que los muchachos no tienen dónde jugar, ni espacio para hacer la tarea. Pero cuando la vida te dé un respiro, aunque no sea por la noche, gózate bien a tu marido... Y si no te entran ganas,

mira para las paredes». A mí por lo menos me calientan esos letreros descarados; que si yo soy la sabrosa del Vedado o aquel el que mejor lo hace en toda la Habana Vieja. ¿Existirán de verdad Yuya la caliente y Pedrito tres patas? ¿No los habrá inventado Pepe?

(La penumbra viaja hasta el cuarto-piscina.)

LÁZARO.- **(Como en mitad de una descarga.)** Me tienen que retirar como me merezco, bróder... Si es que por fin me decido a colgar el guante.

PEPE.- Disculpa, figura, pero esa bronca tienes que echarla primero en el banco de tu cabeza. ¿Te vas o te quedas?

LÁZARO.- Debe ser bonito enseñar a los chamaquitos que cogen una pelota por primera vez en la mano. Pero yo no tengo mucha tabla pa'eso.

PEPE.- A lo mejor te ponen de entrenador de un equipo.

LÁZARO.- Qué va, mi socio. Los miles de kilómetros que uno tiene que rasparse sentado en una guagua, esta vida de dos o tres mujeres en la cabeza y ninguna en la cama; la jodedera de que tus hijos cuando le metan lápiz, te saquen una pila de años en los que casi no los viste... Eso nada más vale la pena por tal de jugar pelota.

PEPE.- **(Como ausente.)** Yo, a la de verdad, fui bastante malo, pero he sido estrella en todas las posiciones. Cerraba los ojos, a eso de las tres de la mañana, y la posada era el Latino con las luces nuevecitas. Hubo un tiempo en que fui tu quecher. **(Imita el estilo de los quechers.)** Espérate que te voy a pedir la bola que más le duele al bateador. Dale, ponía aquí, tira, Lachy.

(LÁZARO ha empezado los movimientos de picher, pero los deja en suspenso, impresionado por la confesión de PEPE.)

Pude ser un buen quecher en la vida real. Cuando se me junta lo que inventa mi cabeza y lo que pudo pasar ya no sé bien si fue una de esas mentiras que uno aprende a fabricar en el fondo del tanque para que las horas pasen. Pero de verdura, yo tenía buen brazo y poder en las muñecas. Lo que pasa es que también *tenía* 17 añitos de mierda y el viejo mío, que era un pan enchumbao en aguardiente, le encargó a dos que me cuidaran si a él le pasaba algo. Y cuando *se pasó* la sogá por el pescuezo, de mis dos padrinos el peor fue el que se ocupó, pero de darme dos galletas y de querer quitarme la casa de mi madre. Jodió tanto que tuve que *quitármelo* de arriba.

LÁZARO.- Cuenta conmigo, hermano. Lo más bonito me ha venido del lugar que menos me esperaba. Todo eso de que te admiren es muy sabroso, pero uno se hace la idea de que la gente se va del estadio y cuando llega a la parada ya desapareciste de su cabeza. Ojalá te hubiera conocido antes, compadre.

PEPE.- **(Dando por terminado su asunto.)** No es que me importe, ni que crea que pueda meterme, pero ¿tienes idea de qué vas a hacer?

LÁZARO.- De aquí a la reunión de mañana, sé que el reloj no va a caminar, no importa dónde esté... **(Pausa.)** ¿Qué se traen entre manos tú y Tati? Háblame claro.

PEPE.- Eso tienes que preguntárselo a ella.

LÁZARO.- No te me vuela. Es que tengo miedo a no conocerla. Llegamos al aeropuerto hace cinco años. Y toda aquella vida juntos, toda la carne en latas que abrimos, calentamos y nos comimos se quedó atrás. Yo me monté en un carro, ella en otro, y cada uno a lo suyo. Ahora la cama ha sido sabrosa, pero no sé por dónde anda su mente. A lo mejor me creo cosas, me voy enamorando y cuando venga a ver el marido en vez de recoger los equipos y las paredes que dejó, se quita los zapatos, pone la cabeza en el colchón que él trajo, enciende el aire que le resolvieron y ya... se queda tranquilito, con su mujer al lado. **(Pausa.)** A la mía me la sé de memoria. Con Tati no tengo tiempo ni ganas de preguntar.

PEPE.- ¿Y de responder, estelar?

LÁZARO.- ¿Tú también me vas a echar un discurso?

PEPE.- ¡Yo sí que no! Te tengo del cielo pa'riba un par de metros. Te agradezco los ratos en que por andar detrás de tus numeritos no me revolqué más en la basura. Pero también estoy ardiendo en mis candelas. Cuando un posadero se retira no hay aplausos, ni quei, ni a nadie se le aguan los ojos en las gradas.

LÁZARO.- **(Rompiendo la emotividad.)** Podríamos poner un negocio juntos...

PEPE.- ¿En serio? Lo más difícil sería encontrarle el nombre. Podría ser una cafetería y llamarse algo así como «El ponche y el robo», por aquello de unir lo del picher y el delincuente.

LÁZARO.- Ese nombre te lo pongas, hermano. Que te lo digan otros, pero tú vas a ti. Y yo también.

PEPE.- **(Emocionado, con un saludo deportivo.)** Vamos, anda, a una dama no se deja sola en medio de un tablero.

LÁZARO.- ¿Por respetarla o por miedo a que los peones quieran comérsela?

PEPE.- Por las dos, doblete, capicúa, ambamente, inclusive.

(Apagón. Transición musical que va dando paso al Noveno Cuarto. Aún en la oscuridad se escucha la banda sonora de los ruidos de la posada, devenida ciudadela.)

Cuarto IX

El cuarto de la posada parece más estrecho, como si la invasión sonora y el cambio de ambiente marcaran otra atmósfera y otras dimensiones.

TATI.- No debiste dejarlo solo.

LÁZARO.- ¿Y nosotros, Tati?

TATI.- Él me ha contado muchas cosas, tengo miedo de que tenga una recaída.

LÁZARO.- ¿Te parece que debemos vivir juntos, comer juntos, dormir juntos?

TATI.- Eso piensa el guajiro Renato.

LÁZARO.- Y cualquiera diría que es la solución que a ti te gusta. A mí el tipo me cae muy bien para amigo mío, pero el trío va a tener que cantar bonito para oírse por encima de este concierto de ollas de presión. **(Pausa.)** Ayúdame, Tati. No sé qué vuelta va a dar mi vida a partir de mañana.

TATI.- Tengo una cosa que decirte. Es una buena noticia.

LÁZARO.- Aprovecha ahora, parece que están comiendo y la bulla bajó.

TATI.- Yo estoy dispuesta a quererte vestido de pelotero, como entrenador, si te metes a cocinero o mejor aún desnudo.

LÁZARO.- Lindo eso, sobre todo el final.

(Comienza un leve escarceo erótico.)

TATI.- No te voy a hacer esta noche preguntas bobas. Cuando nos separamos llevabas puesto el calzoncillo que yo te lavé. En mis caderas sentía la presión de tus manos cuando mi marido me abrazó esa noche. Pero no me engañes, Lázaro, para convivir con la mentira sí me siento vieja.

LÁZARO.- Yo no soy de tener dos mujeres, ni de vivir en ese correcorre. Si me voy de la pelota voy a sentir un hueco grande, no sé qué voy a hacer. Necesito a alguien que me haga cogerle el sabor a la novela de las nueve y que me alcance el cafecito caliente mientras llega el noticiero. Lo que no quiero es que mis hijos sigan viéndome a raticos.

TATI.- Y yo necesito tener el mío. A las mujeres nos ponen esos límites. Si eres bailarina sabes que después de los 30 ya tienes que ir pensando en dar clases o montar coreografías, porque tu cuerpo no será el mismo. Y lo peor, desde la primera regla, te dan tu cuota de tiempo para ser madre y la vida no anda creyendo en palos japoneses, ni pichers retirados con ganas de recostar la cabeza.

LÁZARO.- Sería un vacilón criar un niño, limpiarle las nalguitas como no hice con los otros, pero si todo falla voy a tener tres hijos a medias en vez de dos...

TATI.- Entonces, ¿qué tú quieres, qué me propones, otra vez cada uno por su lado?

(Tocan a la puerta, primero muy suave, después más fuerte. El ruido ambiente ha vuelto a subir.)

Ojalá sea Pepe y no los que vienen a botarnos.

LÁZARO.- Se me va a reventar la cabeza. ¿Hasta cuándo, dónde, con quién?

(TATI regresa con unas flores. No deberá ser un ramo, sino algo silvestre y original. Al ir a abrirlo cae un frasco identificable con un pomo de perfume o una botellita de ron. LÁZARO se tira de cabeza y la logra retener. Se la lanza a TATI como en cámara lenta. Los ruidos de los nuevos vecinos dan una tregua breve en la que alcanza a oírse la voz de PEPE que se aleja cantando.)

PEPE.- «Madre mía de la Caridad, / ayúdanos, / ampáranos...».

(Apagón fugaz. Un silencio todavía más breve y muy lejos.)

(Como en un susurro persistente.) «Ayúdanos, / ampáranos...».

(TATI le tira el frasco-pelota a LÁZARO. No sabemos si ahora podrá capturarlo. Apagón final.)

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario

